BARONA, J.; MOSCOSO, J. y PIMENTEL, J. (eds.). *La Ilustración y las ciencias. Para una historia de la objetividad*. Valencia: Universitat de València, 2003.

Los estudios sobre la Ilustración en Valencia suscitan un interés creciente que se mantiene desde hace muchos años. Los estudios innovadores de V. Peset hasta nuestros días han permitido cuajar una escuela de historiadores de la Ilustración que es madura y decisiva en la historiografía española. Los resultados alcanzados por este grupo de investigadores y profesores han sido excelentes. Citemos como ejemplo la edición de las obras y la correspondencia de G. Mayans, recientemente trasladadas a soporte digital.

Ahora nos llega una nueva entrega fruto de una reflexión serena, desapasionada y muy documentada de un grupo de profesores e investigadores que recoge el testigo de la primera generación de historiadores valencianos.

Esta reflexión conjunta publicada en un libro tiene un tema central que unifica todo el texto: las ciencias, o el desarrollo científico, su realidad, su divulgación y sus frustraciones en la España del siglo XVIII. En el libro nos encontramos una serie de capítulos, muy bien organizados, que como dicen los prologuistas responsables de la edición, partieron «de un asentimiento común sobre la historicidad de las categorías y las conceptualizaciones científicas, así como sobre su relación con otros sistemas y lugares de producción de conocimiento» (p. 9). El propósito se mantiene en todos y cada uno de los capítulos que nos van desvelando una realidad que hasta ahora ha merecido una atención más limitada por parte de los historiadores. No obstante, desde el Centenario del rey Carlos III, el interés por las ciencias y la Ilustración española recibieron un impulso decisivo que dura hasta ahora.

Como nota muy positiva se puede destacar que en casi todos los capítulos del libro se dispone de una amplia y selecta bibliografía para profundizar en el tema desarrollado, lo cual nos muestra que el esfuerzo de los autores ha sido doble. De un lado, cada artículo es un estado de la cuestión, una síntesis muy acertada del problema que se trata, y, además, es una tesis porque abre nuevas posibilidades para los investigadores, para lo cual introducen una bibliografía que sirve de brújula para navegar en por las procelosas aguas de las relaciones entre la historia, la cultura, la filosofía y las ciencias.

La estructura del libro muestra cómo el texto tiene unidad. Está dividido en cuatro apartados: la historiografía de la Ilustración, el surgimiento y establecimiento del conocimiento científico, los espacios donde se recibieron y desarrollaron las ciencias y finalmente, la práctica científica, es decir, la aplicación de los conocimientos.

El primer capítulo está compuesto por tres trabajos que nos adentran en otras tantas dimensiones. Primero, un balance de cómo se ha concebido y desarrollado la investigación y la consideración –positiva y negativa, que de todo ha habido– entre los historiadores del siglo XVIII. El segundo, nos muestra cómo surgió y se consolidó el fenómeno ilustrado en Europa y en España. El tercero, nos pone en la línea de salida del texto, trata de la Ilustración, las ciencias y el método científico, haciendo un ajustado balance de estos tópicos en la historiografía. Esta primera parte introductoria sirve de preámbulo necesario e imprescindible para adentrarnos en un tema tan complicado y controvertido como son las ciencias, la objetividad y el método científico en la Ilustración. Dejando una idea clara: Europa occidental fue el motor del desarrollo e instauración de las ideas ilustradas en el mundo.

El segundo capítulo se compone de otros tres trabajos centrados en la dimensión pública del conocimiento planteando una tesis inicial: cualquier hallazgo científico, cualquier avance, innovación o renovación es fruto de un esfuerzo colectivo, social y de grupo que empuja hacia esa idea, hacia esa realidad. Lo cual supone un cambio de actitud acerca de la forma de producir y difundir el conocimiento. De ahí que la ciencia se haga pública, se introduzca en el torrente circulatorio de las sociedades, y no quede encerrada, después de obtener el resultado perseguido, en reducidos cenáculos o sociedades científicas, porque la ciencia tiende a ser útil para todos. En el capítulo se pone de relieve y se ajustan las cuentas con la discutida situación de la ciencia en España que se resume en una dicotomía atraso-tradicionalismo contra modernidad-innovación. Poniendo como ejemplo el esfuerzo de un grupo reducido y muy selectos de científicos como son los novatores.

El tercer capítulo trata de explicar cómo se extiende el conocimiento y llega hasta los rincones más alejados que se puedan imaginar. Es la localización y descentralización del saber, de la ciencia como algo valioso, útil y necesario para la vida y la perdurabilidad de los hombres y de las sociedades. La ciencia no es un lujo privado, es un bien público que tiene que estar al alcance de todos, para el bien de todos. Esa divulgación tiene mucho que ver con las academias, sociedades, laboratorios, observatorios, instituciones públicas y privadas que impulsaron el saber, la experimentación, los viajes y la vida científica de muchos hombres en búsqueda de gloria personal, pero también utilidad social. Y se muestra una vez más que los españoles viajaron y buscaron los lugares donde se podía aprender, para traer ese saber a una España

tan necesitada de innovación y renovación cultural y científica.

Finalmente, se dedica un capítulo a una pasión de los científicos y los hombres del siglo XVIII: viajar para conocer, viajar para ver y aprender del mundo. Al hombre ilustrado le brincaban en el pecho ansias de vida andariega, y, en efecto, viajaron mucho, constantemente, por todo el mundo conocido y, también, desconocido que ellos descubrieran e informaban de su hallazgo. En las correrías por el mundo fueron de sorpresa en sorpresa. Volvieron con las pupilas dilatadas de asombro. Vieron cosas, paisajes, culturas, civilizaciones increíbles y, muchas veces tuvieron que restregarse los ojos para cerciorarse de que no deliraban. Contemplaron boquiabiertos extraños animales, plantas, razas y costumbres humanas y accidentes geográficos. Pero entre todos hubo ilustrados de fortuna, aquellos que aprovechaban el afán de conocimiento y de novedades, para engañar y difundir mentiras que sirvieron para distorsionar la realidad, y que aquellos que estaban contra la modernidad, del avance y de la ciencia reaccionaran contra ella buscando las densas tinieblas medievales.

Todos estos trabajos muestran que la Ilustración introduce la objetividad como método, como fin, como objetivo necesario e imprescindible para el avance social, humano y político. Ésta no fue una marcha sin problemas, más bien hubo marchas y contramarchas, pero acaban triunfando las ciencias, el espíritu científico sobre todos los ataques, que fueron muchos, contra esta mentalidad.

Libros como éste son necesarios para desarrollar y tener una idea objetiva de la Ilustración española que no fue una excepción en el panorama europeo.

Salvador Rus Rufino